

Obra: La Congregación del Huerto Sagrado

Seudónimo: Lusoalöf

La Congregación del Huerto Sagrado

Siempre se preguntó que sentiría al pisar la tierra de sus ancestros. Ahora lo sabe. Hace apenas unas horas que Blas llegó a España por primera vez en sus cuarenta años y es como si hubiera conocido el lugar de toda la vida, como si estuviera rodeado de sus parientes. Sus bisabuelos habían nacido, vivido y muerto en una pequeña casa a metros de la Plaza de Santa Eulalia; desconocía el domicilio exacto, pero de lo que sí tenía certeza, porque se lo habían contado cientos de veces, es de que se habían casado en la célebre Catedral de Murcia, la misma que ahora tiene frente a sus ojos.

El sol tiñe de naranja la cabecera de la gótica silueta, mientras el atardecer la va cubriendo de abajo hacia arriba con su ineludible manto de sombra. A su alrededor, la ciudad se viste de fiesta. El Bando de la Huerta, la celebración más importante del año, explota en las calles. La primavera los abraza. Abunda la comida. La gente ríe y conversa. Hombres y mujeres bailan y se pasean con sus zaragüelles y refajos, con sus fajas y chalecos, con sus chambras y abanicos. La multitud canta, resuenan castañuelas y las carrozas desfilan obsequiando el fruto de las cosechas. El molino de la cultura no se detiene y arrastra el agua de los recuerdos para saciar la sed del pueblo viejo y la ciudad moderna.

Todo es alegría y diversión. Blas está deslumbrado y camina de un lado al otro, filmando con su teléfono y probando manjares, cuando aparece una hermosa joven de refajo color grana con flores bordadas y lentejuelas. Se queda mirándola, atontado. Ella lo percibe y se acerca confiada.

—Tú no eres de por aquí, ¿cierto?

—No. ¿Se me nota?

—Se te nota... y bastante. —Se ríen.

—Es que no lo puedo creer...

—¿Qué cosa?

—Estar acá, recién llegado, y encontrarme con semejante fiesta justo en frente de la Catedral donde se casaron mis bisabuelos.

—¿De dónde vienes?

—De Argentina.

—¡Los argentinos molan! ¡Son divertidos! Toma, ¿quieres un trago?

Blas se echa un sorbo y la mira: es perfecta.

—Así que allí se casaron tus bisabuelos... —dice mirando la antigua construcción—.

¿Y ya has entrado a conocerla?

—No, todavía no tuve tiempo de nada.

—Pues anda, te daré un recorrido. Luego tú me cuentas más de ti, ¿vale? —Sin esperar respuesta, lo jala de la mano a través de la multitud. Él la sigue obnubilado.

Al ingresar, Blas suspira profundamente. Siente como si su linaje le hablara a través de los vitrales, de las molduras en las paredes, de las esculturas; como si la esencia de su ser cobrara una fuerza inusitada y por primera vez en su vida supiera quién es en verdad.

—Es preciosa —dice Blas mirando a la joven. Ella no lo sabe, pero lo dice pensando en las dos: en ella y en la Catedral.

—¡Brinda por tu familia, argentino! —Le ofrece de nuevo el trago—. ¿Cómo te llamas?

—Blas José.

—Tus padres sí que saben cómo poner un nombre. Yo soy Vega.

Se dan la mano y cruzan una mirada cómplice.

—¿Te gustan los secretos, Blas?

—¿Me vas a contar una historia de misterios? Tengo entendido que a los de por aquí les encantan las leyendas.

—Mejor aún... ¡Te llevaré a la cocina de los misterios!

Sin darle tiempo a nada, lo jala otra vez de la mano y lo lleva hasta un recóndito cuarto que parece inaccesible al resto de los turistas y visitantes.

—¿A dónde vamos?

—¡Ya verás! —Abre la puerta de un confesionario y lo hace pasar. Ella lo sigue detrás y cierra la puerta. Una vez adentro y sin mediar palabras, lo toma del cuello y le da un beso en la boca.

—¡Bebe, argentino! ¡Bebe! —insiste luego de soltarlo.

—Estoy un poco mareado. ¿Qué es?... —dice mirando el trago.

Ella ignora el comentario de Blas y de abajo de su manteleta saca una llave engarzada a la gargantilla dorada que le pende del cuello, la inserta en una muesca apenas perceptible sobre la pared opuesta al ingreso del confesionario y abre un panel de madera que da paso a una estrecha escalera.

—¡Vamos! ¿Tú quieres saber de leyendas y misterios? ¡Sígueme!

—¿Y esto? ¿A dónde estamos? —dice Blas, mientras desciende cauteloso por angostos peldaños.

—¿Has oído hablar de la Murcia subterránea y sus túneles secretos? ¡Pues enhorabuena, *acho!* No cualquiera llega hasta aquí.

Blas está mareado y a los pocos metros de caminar el túnel empieza a ver todo borroso, como en cámara lenta.

—¿Qué me... el trago? ¿Quién...?

En ese momento, aparece un hombre vestido con zaragüel y camisa blancos, faja roja, chaleco oscuro y chaquetilla negra bordada con pasamanería dorada.

—¡Si no has batido un récord, estás cerca, Vega! —dice el sujeto y examina a Blas.

—Es que cada vez estoy más guapa, Fabián. ¡No hay quién se me resista!

—Pues nada, me voy a cocer unas habas.

—¡Y yo a cosechar más *pava*! ¡Esta noche nos hacemos una *panzá*!

Vega se da la vuelta y desaparece. Fabián conduce a Blas, ya sin fuerza ni voluntad para resistirse, por el extenso túnel.

—¡Pronto te convertirás en leyenda! ¡Que Dios te bendiga! ¡Murcia te honra!
—exclama Fabián mientras carga con el peso de Blas, cuyas piernas ya casi no responden; apenas si le queda instinto para encorvarse y esquivar el bajo y cavernoso techo del interminable pasadizo.

Recorren unos trescientos metros hasta llegar a una especie de gruta donde los aguarda un grupo de sujetos con aspecto de frailes, con esas características túnicas marrones y la tonsura en las cabezas.

—¡Bienvenido, zagal! —dice uno de ellos, con una voz grave que rebota en las concavidades de la gruta.

Blas no contesta. Ya perdió la consciencia.

—¿Turista? —indaga el hombre de la voz gruesa.

—Es lo que pedí —responde Fabián.

—Dos semanas en la mazmorra, bien alimentado y tranquilo. Luego, por el túnel hasta el Castillo de Montegudo. De la cima... al vacío. Si la prensa habla de otra cosa que no sea suicidio, es que has fallado.

—Yo me ocupo, mi Señor —dice Fabián, y desaparece con el lánguido Blas.

Al instante, otro fraile llega acompañado por una mujer en el mismo estado que Blas: indefensa, sin voluntad. El de la voz gruesa la examina con detenimiento y emite nuevas órdenes que resuenan como truenos:

—A la Capilla de los Vélez esta misma noche. Pero sumo cuidado, que estamos de festejo y abundan los curiosos. Bien escondida y controlada. Un par de aullidos y a dormir. Si no quiere, le cortas un dedo. ¡Le cortas lo que tengas que cortarle, pero que aülle! ¿Entendido?

—Entendido, mi Señor.

—¡*P'alante, pos!*

Minutos después, y por un túnel diferente al que había recorrido Blas, llega un sujeto vestido de huertano, escoltando a otra mujer.

—¿Extranjera? —dice el de la voz grave.

—Así es —dice el sujeto.

—Parece lúcida. ¿Por qué esta toda golpeada?

—Se resistió y tuve que traerla por la fuerza.

—¡Ya os he dicho que cuidéis las formas, pijo! ¿O acaso somos simples criminales?

—La gruta queda en completo silencio y todos lo miran impávidos—. ¡No! ¡Somos la Congregación del Huerto Sagrado! ¡Somos los custodios de los misterios y leyendas de Murcia!

—No volverá a ocurrir, mi Señor.

—¡Más te vale, alarbe! —Examina a la extranjera y continúa—: A esta la llevas a lo de Eulalia. ¡Pero hazla que grite, joder! Que a la última no la oyó nadie. ¡Le dio un *paparajote* y casi se nos muere antes de ponerla a *trebajar*! Más bien aprovecha que está espabilada. ¿Y los niños de San Agustín? ¿Por qué no han llegado?

—Me informan que se embolicó la operación, mi Señor.

—¡*Pos* que lo solucionen, que los turistas se aburren y aquí la gente ya no tiene de qué platicar! Y dile a Simeona que vaya buscando a la Josefa de este mes, que Ronda de Garay ha estado muy tranquila últimamente. Que consiga una viejita bien murria y solitaria para hacer el recorrido habitual. Y si alguien los ve...

—Será lo último que vean, mi Señor.

—Mejor aún: me los traes, que hay que llenar el Romea como sea, ¡hasta la última butaca!, para la próxima función. Ese flamante espectáculo pasará a la historia. Y el aplauso del público... ¡ese aplauso será el más caluroso que la Murcia de mis amores haya oído jamás!